

díos de no trabajar ni producir, sino de vivir de lo que hacían los demás, a través de sus «desmesurados tentáculos» (p. 94). Peor fue aún permitir la publicación nada menos que en *L'Osservatore Romano* de una homilía (enero de 1939) dicha por un obispo cuyo nombre no se precisaba y donde se aseguraba algo tan brutal como era objetivo de la Iglesia «frenar y limitar la actuación y la influencia de los judíos en medio de los cristianos, así como el contacto de los segundos con los primeros, aislando a los judíos, sin permitirles ocupar los cargos y profesiones en los que podrían dominar el espíritu, la educación y las costumbres cristianas o influir en ellos» (p. 172). Lo que no debía haber sido, sin embargo, motivo suficiente para hacer pensar a Goldhagen que la Iglesia llegó a inspirar a la Alemania nazi a la hora de programar su política de exclusión de los judíos. También Goldhagen va demasiado lejos cuando afirma que el silencio de los católicos ante el Holocausto, teniendo en cuenta que su obligación era defenderles, constituía una aprobación implícita de lo que estaba sucediendo (p. 178). Que hubiera miedo a perder la vida no quiere decir, ni mucho menos, que uno estuviera de acuerdo con la persecución a que quedaron sometidos los judíos.

También gracias a Goldhagen hemos sabido que la mayoría de los obispos eslovacos estaban de acuerdo con la política antisemita de Tiso, como se puso de manifiesto con motivo de una carta pastoral colectiva que publicaron en abril de 1942 y donde quedaba patente que había dos cosas que no se perdonaba a los judíos: haber asesinado a Jesucristo y tener excesiva influencia económica y social. Personalmente, no estoy muy de acuerdo con la afirmación de Goldhagen de que muchos cristianos siguen viendo mal a los judíos por haber crucificado a Jesucristo. En realidad, creo que la mayoría de los cristianos no imputan directamente a los judíos la muerte de Jesucristo, y, si los judíos no resultan particularmente de su agrado (cosa discutible en no pocos casos), ello tiene que ver mucho más con la manera de actuar del único Estado judío del mundo (Israel) y con su tendencia a comportarse como un pueblo cerrado y aislado del resto. En cualquier caso, y afortunadamente, da la impresión de que hoy en día nos encontramos en unas cotas de antisemitismo francamente bajas que esperemos que el tiempo se encargue de eliminar definitivamente.

En conclusión, y ante la necesidad de esperar a que los documentos publicados por el Vaticano que acaban de ser puestos a disposición de los investigadores nos proporcionen la información definitiva, la visión que tenemos a través del libro de Goldhagen es la de una Iglesia católica pobre en su actuación, que se limitó a permitir actuaciones de carácter personal y cuyo temor a represalias, amén de su no particular aprecio hacia el pueblo judío, le hizo mantenerse en un silencio que no por ello le exime de una crítica dura. El tiempo será el que se encargue de determinar las culpabilidades definitivas.—PABLO MARTÍN DE SANTA OLALLA SALUDES.

ALBERTO INIESTA, *Recuerdos de la transición* (Madrid, PPC, 2002), 237 pp. ISBN: 84-288-1736-7.

Tuve el placer de conocer personalmente a Alberto Iniesta hace poco tiempo, concretamente el 8 de abril de 2003. Fue con motivo de una conferencia que pronunció en el Colegio Mayor Chaminade de Madrid y en la cual pude comprobar que, a pesar de ser ya un octogenario, mantenía una extraordinaria lucidez. Me encontré,

además, con una persona francamente cálida, abierta al desconocido y con una naturalidad ciertamente poco común. Por ello, cuando ha llegado el momento de afrontar la crítica de lo que pueden ser consideradas sus memorias, no me ha resultado nada difícil familiarizarme con la manera de pensar de Iniesta. En ocasiones el libro que tenemos ante nosotros da la impresión de haber sido escrito de corrido y sin posterior revisión: en otras palabras, el autor ha dicho sencillamente lo que pensaba.

Desde el punto de vista de la aportación al debate histórico, resulta necesario realizar una distinción. Si lo que uno busca es un libro que dé información valiosa y novedosa, que proporcione datos y hechos desconocidos para los estudiosos del tema, entonces será fácil que el resultado de la lectura sea una ligera decepción, porque la mayor parte de las cosas que cuenta Alberto Iniesta son perfectamente conocidas. Más aún si quien lo lee ha examinado con detenimiento las *Confesiones* de quien fuera el superior de Iniesta en la archidiócesis de Madrid-Alcalá, el Cardenal Tarancón. En ese sentido, se nota en no pocas ocasiones que dichas memorias le han servido a Iniesta como punto de referencia para escribir las suyas.

Pero, si lo que uno busca es que alguien le explique cuáles fueron las principales vivencias de un sacerdote de la segunda mitad del siglo xx, cómo fueron percibidos los principales acontecimientos de la Iglesia católica en España durante y después del Concilio Vaticano II, entonces la monografía de Iniesta resulta, sencillamente, magistral. El que fuera Obispo auxiliar de Madrid-Alcalá, con ese estilo suyo tan didáctico y tan divulgador (no ha de extrañar su importante éxito editorial), sabe narrar como pocos toda una etapa de la Historia de la Iglesia española, la que ésta hubo de vivir en medio de una importante convulsión política como consecuencia de los años finales del franquismo y la transición a la democracia.

Desde esa perspectiva, Alberto Iniesta realiza una excelente distinción: una cosa es la transición en la Iglesia, y otra la Iglesia durante la Transición. La primera es anterior a la segunda, y se inicia con el Concilio Vaticano II. La segunda, lógicamente, tiene más que ver con la evolución política y viene determinada por la muerte del General Franco. Todo ello hizo que una generación entera de católicos viviera durante casi dos décadas entre la confusión, la esperanza y la incertidumbre, siendo el resultado un tanto incierto. Por un lado, la Iglesia ha sabido separar su esfera de la política, pero, por otro, la crisis que se abrió con el Concilio aún no ha finalizado y los principales problemas que afectan al catolicismo español (pérdida de creyentes, escasez de vocaciones, etc.) muestran una evidente peligrosidad para la institución.

Retornando a la obra de Iniesta, el libro se inicia con un ejemplo de amistad posible a pesar de las circunstancias. Rodolfo Martín Villa, que fue Ministro de la Gobernación (luego llamado Interior) entre julio de 1976 y abril de 1979, acepta prologar las memorias del obispo auxiliar emérito en lo que supone un evidente gesto de «perdón» hacia las alteraciones que las pastorales de Iniesta fueron capaces de provocar durante años. Martín Villa es capaz de reconocer hasta qué punto Iniesta y muchos sacerdotes de su generación fueron precursores en el reconocimiento de derechos fundamentales que antes no existían en España. La Constitución de 1978, señala el prologuista, recogería las exigencias de libre asociación, reunión sindical o de participación responsable de todos los ciudadanos en el control de la cosa pública que había realizado siete años antes la *Asamblea conjunta de obispos y sacerdotes*. Por otra parte, el veterano político leonés piensa que la relación entre la Iglesia y el Estado ha de ser lo más cordial posible en la medida en que se trata de dos esferas profundamente imbricadas entre sí.

A partir de ahí se inicia lo que son las memorias de Alberto Iniesta. En ese sentido, estoy de acuerdo con él cuando utiliza la expresión «recuerdos», porque, en lugar de apostar por una relación sistemática de sucesos y personas, el obispo prefiere relatar los hechos más relevantes y, en función de ellos, dar su visión personal de las cosas, con anécdotas que hace aún más ameno el relato. Una de las que más nos ha llamado la atención fue cuando José María Bueno Monreal olvidó el ticket que le daba derecho a su comida durante la celebración de la *Asamblea Conjunta*. Bueno Monreal, relata Iniesta, a pesar de ser obispo desde hacía más de veinticinco años (fue nombrado para la diócesis de Jaca en 1945) y de haber sido elevado al cardenalato e 1958, aceptó la exigencia de unos sacerdotes de que fuera a por su ticket hasta su habitación porque era norma obligada que para entrar en el comedor se mostrara esta entrada. Una anécdota que demuestra el deseo real de los obispos de entrar en diálogo franco con sus sacerdotes, diálogo que debía ser compatible con una principio inherente a la Iglesia católica como es el de la jerarquía.

La *Asamblea conjunta de obispos y sacerdotes* de septiembre de 1971 es sólo uno de los muchos hechos que pasan por el libro de Iniesta, que acepta el reto de hablar de los asuntos más polémicos. El que fuera Obispo auxiliar de Madrid-Alcalá se siente en la obligación de destacar la importancia que tuvo la creación tanto de la Conferencia Episcopal como del Consejo Pastoral, dos instituciones ideadas por el Concilio Vaticano II y que para Iniesta constituyen los ejemplos más palpables de la colegialidad y de la corresponsabilidad eclesial. Por otra parte, es evidente que el autor ve la *Asamblea Conjunta* como un acontecimiento de una importancia extraordinaria, hasta el punto de que él lo denomina el «Concilio “a la española”». Quizá sea una consideración un tanto exagerada, como lo es también llamar a la frustrada *Asamblea cristiana de Vallecas* «MiniConcilio de barrio». No obstante, dichos eventos han pasado con toda justicia a la posterioridad como dos de los más relevantes del Posconcilio en España.

Iniesta hace también referencia al encierro de la Nunciatura de noviembre de 1973 y al caso *Añoveros* de febrero de 1974. Ambos relatos nos permiten ver hasta qué punto aquellos momentos fueron dramáticos, lo cual, por cierto, es una de las mayores virtudes y, al mismo tiempo, uno de los mayores logros del autor. Alberto Iniesta afirma que el motivo principal que le había animado a escribir sus memorias radicaba en el hecho de que las nuevas generaciones no tenían conciencia de la tensión que se había vivido en la Iglesia española durante aquellos años y de hasta qué punto el Concilio había afectado a la vida de todos y cada uno de los católicos, así de cómo los enfrentamientos con el Régimen de Franco llegaron a ser de una crudeza extraordinaria. Y, a nuestro juicio, su intento de que los jóvenes comprendan la realidad de lo que pasó se consigue con suma maestría, aunque habrá que ver hasta qué punto la difusión del relato de Iniesta tiene éxito.

Por otra parte, parece evidente la valentía y el compromiso de Iniesta con sus ideas. Cuando cuenta cómo se gestó su famosa homilía destinada a evitar los últimos fusilamientos del franquismo (septiembre de 1975), es cuándo nos percatamos de la peligrosidad de denunciar determinadas situaciones en medio de una dictadura como era la ejercida por Franco en España. Iniesta recibió amenazas de muerte que probablemente en más de un caso podrían no haberse quedado en mero amedrentamiento. El enfado que Tarancón mostró ante lo realizado por su obispos auxiliar pone de manifiesto, a nuestro juicio, la diferencia esencial entre ambos. Mientras Tarancón era un reformista, un moderado que hubo de navegar entre peligrosas aguas,

Iniesta se situaba en una posición más extremista: muy elogiada desde el punto de vista cristiano, pero muy poco conveniente desde una visión puramente de la corrección política. De hecho, Iniesta, del que yo he podido escuchar personalmente su gran aprecio hacia Tarancón, pero también sus evidentes discrepancias con él, recuerda que el Cardenal-Arzbispo de Madrid-Alcalá publicó poco después una homilía «extraña», «críptica» y «sibilina» donde daba su visión de los hechos. O, mejor dicho, no la daba, porque para Tarancón era fundamental no romper las relaciones con el poder político. En ese sentido, en lo que resulta un dato muy positivo para los especialistas en el tema y aún más para los creyentes, es más que notable la coincidencia entre los relatos de Tarancón e Iniesta de lo sucedido durante aquellos años. Uno, desde su moderado aperturismo; otro, desde su apasionamiento natural, pero ambos contando, a fin de cuentas, lo mismo.

A partir de aquí, se inicia la segunda parte del libro de Iniesta: el papel de la Iglesia en la Transición a la democracia. En realidad, ese papel había comenzado tiempo antes, porque Iniesta había sido capaz de lograr lo que medio siglo antes parecía un imposible: que una comunista fajada al máximo en la lucha de clases (Dolores Ibaruri, *Pasionaria*) fuera capaz de llorar de emoción tras leer la pastoral de un obispo, de un miembro de una institución a la que seguramente esta líder comunista odiaba con todas sus fuerzas. Con Franco muerto, la Iglesia lo tuvo muy claro: era el momento definitivo de acabar con la llamada «cuestión religiosa» iniciada en el siglo anterior y que había alcanzado su punto culminante con la muerte de casi siete mil religiosos durante la Guerra Civil.

Para entenderse con el poder político no solo era necesario una apuesta por la independencia, sino también un cambio de actitudes. No por parte de la Iglesia, sino por el Gobierno, que tantas veces había chocado con el episcopado. En ese sentido, resulta especialmente significativa una anécdota que relata el autor. Con la llegada de Antonio Garrigues al ministerio de Justicia, en sustitución de José María Sánchez Ventura, se produjo también un relevo en la dirección general de Asuntos Eclesiásticos, dependiente de dicho ministerio y clave, por ejemplo, en elementos tan fundamentales como la dotación de culto y clero. Aunque Iniesta no cita su nombre, el hombre que estaba al frente de dicha dirección general, Antonio Gil-Casares, se había caracterizado por unas pésimas relaciones con el sector aperturista de la Iglesia. Además, el hombre que le había precedido en el cargo, José Luis de los Arcos, había mostrado una manera parecida de actuar. La pauta de comportamiento de Gil-Casares era muy sencilla: en la medida en que la Iglesia fuera amiga del Régimen, recibiría ayudas; en la medida en que no lo hiciera, comenzarían las represalias. El resultado sería una constante tensión y la proliferación de enfrentamientos, hasta que Gil-Casares fue sustituido por el diplomático Eduardo de Zulueta, quien supo manejar con maestría la formación que había recibido y, como relata Iniesta, no solo mantuvo un intenso diálogo con la Iglesia, sino que incluso se dignó a visitar al obispo auxiliar en sus modestas oficinas de la Vicaría IV de la archidiócesis de Madrid-Alcalá.

Por otra parte, estamos de acuerdo con el autor en la importancia que tuvo la actitud de la Iglesia a la hora de aislar a las fuerzas políticas involucionistas, y que tuvo su máxima expresión en el respaldo mutuo que el Rey Juan Carlos y el Cardenal Tarancón se dieron desde que se vio muy cercana la muerte de Franco. También estamos de acuerdo con Iniesta cuando afirma que el documento redactado por la Comisión Episcopal de Apostolado Social y titulado *Orientaciones cristianas sobre participación*

*política y social* constituyó un notable espaldarazo para la reforma política, en un momento particularmente difícil dado el importante cuestionamiento que sufría el primer Gobierno presidido por Adolfo Suárez. Por cierto que llama la atención el hecho de que Iniesta afirma no haber dicho nunca el sentido de su voto, frente a los que tratan de asignarle una segura pertenencia a un partido concreto.

El autor comete algunos errores, aunque ninguno de gravedad. En primer lugar, pasa de puntillas por el espinoso tema del *Anteproyecto Casaroli-Garrigues*, señalando que dicho texto había sido elaborado a finales de 1970 y remitido a la Conferencia Episcopal a comienzos de 1971. En realidad, esto no fue así. El proyecto de renovación concordataria estaba totalmente concluido en el verano de 1970, y, por otra parte, nosotros creemos que constituyó una maniobra tanto de Garrigues como de Casaroli para firmar algo a espaldas de la Nunciatura y del episcopado español. De hecho, dicho proyecto, que Garrigues siempre ha sostenido que era *ad referendum*, sólo fue remitido medio año después de su finalización y porque había sido filtrado previamente por la revista *Vida Nueva*, dirigida por el aperturista José Luis Martín Descalzo. Por otra parte, Iniesta habla de una reunión en la que estuvieron presentes Tarancón y Marcelo González, representando a la Iglesia, y López Bravo y Ruiz Jarabo, por el Gobierno. Dicho dato es imposible porque Ruiz Jarabo fue nombrado Ministro de Justicia cuando Gregorio López Bravo salió del Gobierno (11 de junio de 1973). Evidentemente, Iniesta confunde a López Bravo con López Rodó, que era quien realmente estuvo en dicho encuentro, pero se trata de un error sin mayor importancia por cuanto las semejanzas (de fondo, no de forma) entre ambos ministros de Asuntos Exteriores eran muy notables.

Respecto a las imprecisiones cronológicas, Iniesta dice que Tarancón mantuvo un encuentro con los Reyes de España a finales de marzo de 1976, cuando dicho encuentro tuvo lugar exactamente al comienzo de ese mismo mes. De todas maneras, en líneas generales el autor lleva un discurso cronológico bastante ordenado, con una selección de textos francamente interesante, aunque quizá excesivamente larga.

En cambio, hay dos argumentos de Iniesta que nos han convencido bastante poco. Uno se refiere a la verdadera relación entre la Iglesia y el Estado durante el franquismo. Resulta francamente genial su expresión de que ambos fueron más «pareja de hecho» que «matrimonio», pero las disputas a las que él alude, con ser ciertas, no eluden el hecho real de que el apoyo que se dieron ambos poderes, particularmente hasta el Concilio Vaticano II, fue muy notable. Por mucho que alguna vez Pla y Deniel pusiera firme al Gobierno, la revista *El Ciervo* publicara artículos muy ácidos o se produjeran censuras de publicaciones de la Iglesia, no puede olvidarse que todavía en 1966, es decir, treinta años después de iniciarse la Guerra Civil, la Conferencia Episcopal publicaría un documento, *La Iglesia y el orden temporal*, que era toda una manifestación de apoyo a la dictadura.

El segundo argumento que nos ha resultado poco convincente, aunque hay que agradecer la valentía de Iniesta al abordarlo, es el referido a la actuación de Iglesia cuando se produjo la intontona golpista del 23 de febrero de 1981. La institución, como es bien sabido, no dio señales de vida hasta varias horas después de haber pronunciado el Rey su famoso mensaje. El obispo da dos explicaciones: la primera, que si la Iglesia se había comprometido a ser una institución independiente, entonces no podía hacer como en la etapa del *nacionalcatolicismo*, en la que los obispos se pronunciaban claramente a favor de determinadas cuestiones políticas. Entonces nosotros le preguntamos a Iniesta: ¿y por qué la Iglesia, a través de documentos como el

ya referido de la Comisión Episcopal de Apostolado Social o de comentarios personales, como el del propio Iniesta, que estuvo a favor de la no abstención con motivo de la *Ley para la reforma política* y así lo hizo saber, sí fue capaz de comprometerse con una mayor democratización de la sociedad y, sin embargo, no lo hizo cuando el Congreso de los Diputados estaba tomado por Tejero? Segunda explicación de Iniesta: los obispos estaban reunidos para elegir el nuevo Presidente de la Conferencia Episcopal y, por tanto, se encontraban como «rebaño sin pastor» que les dirigiera. Entonces nosotros contestamos a Iniesta que el signo aperturista de la Iglesia era en aquel momento muy sólido con motivo de la renovación de la Conferencia Episcopal que se había producido más de una década antes. Y que, con el relevo de Tarancón en la persona de Díaz Merchán, la Iglesia tenía muy claro que seguía siendo aperturista: en otras palabras, que, asegurada la continuidad ideológica de la Conferencia Episcopal española, ésta debía haber dado un paso más en el compromiso definitivo con la democratización de la sociedad y haberse pronunciado mucho antes en contra del intento de golpe de Estado.

En realidad, Iniesta podía haber esgrimido una tercera explicación que, a nuestro juicio, hubiera sido mucho más sólida. Tras una primera etapa de evidente consenso, con actos tan responsables como el del comunista Carrillo aceptando la monarquía o Suárez y las demás fuerzas políticas buscando constantes pactos, cuya principal plasmación fue posiblemente los *Pactos de la Moncloa* (noviembre de 1977) y cuyo punto culminante fue la Constitución de diciembre de 1978, la clase política española comenzó una evidente fase de actuaciones irresponsables y que tuvieron su repercusión evidente en las continuas luchas intestinas dentro del partido gobernante, la Unión de Centro Democrático. Cuando Tejero tomó el Congreso de los Diputados, España se encontraba sin presidente, con diputados de la UCD a punto de marcharse a partidos de la derecha (el caso de Herrero de Miñón hacia *Alianza Popular*) o partidos de la izquierda (Fernández Ordóñez hacia el *Partido de Acción Democrática*, fundado por él mismo); con una notable crisis económica y social; y con una duda progresivamente mayor sobre la validez de una democracia en España, toda vez que el único punto de referencia que se tenía era la convulsa experiencia de la II República. Si los políticos poseían una parte muy importante de culpa en esa pérdida de credibilidad de la democracia como forma de funcionamiento, ¿por qué la Iglesia tenía que dar la cara por ellos? Ciertamente, nos hubiera convencido mucho esa explicación por parte del en ese momento Obispo auxiliar de Madrid-Alcalá.

La obra de Iniesta concluye con una serie de reflexiones bastante interesantes sobre el nuevo papel de la Iglesia en la sociedad española. Nos quedamos a veces con la impresión de que este notabilísimo obispo del Posconcilio podía haber contado muchas más cosas, pero, en cualquier caso, la conclusión a la que acabamos llegando es que se trata de un muy interesante libro que cumple su objetivo fundamental: transmitir a las nuevas generaciones españolas, de una manera muy clara, amena y sintética, cómo fue una de las etapas más brillantes de la Historia de la Iglesia española contemporánea.—PABLO MARTÍN DE SANTA OLALLA SALUDES.